

pistas salgan a las calles. Fuentes propagandísticas como Fox News y OANN se esmerarán en echarle leña al fuego, y quién sabe qué harán los cientos de miles de seguidores de QAnon. La guerra cultural no parará si Trump pierde. Pero crecerá si Trump gana.

Cuando Trump mezcló el victimismo del supremacista blanco frustrado con el yoísmo tan típico de él, la combinación fue explosiva y potente. No se debe subestimar. Pero también provocó una reacción adversa. Y esa desilusión furiosa —casi un asco político— no se refiere solo a Trump. Incluye la fragilidad y la corrupción institucional que los excesos de Trump han revelado. Black Lives Matter empezó gracias a los activistas que llevan años creando un movimiento capaz de efectuar una reforma social, pero surgió porque muchos estadounidenses están por fin dispuestos a ver problemas que sin el trumpismo quizá seguirían ignorando. Ya no. El público ha visto y reconocido la conducta nefasta de la policía en una ciudad tras otra. Imposible no hacerlo. Cuando los trumpistas se jactan del doble estándar racista y la policía abusa abiertamente de los ciudadanos que protestan por su maltrato, ya no se puede negar que existen dos sistemas de justicia.

La guerra cultural no empezó ni terminará con este presidente, pero el conflicto entre los trumpistas y sus opositores se ha agudizado a un punto casi insostenible. Mirando hacia delante, quizá la lección más valiosa para esta democracia insalubre ha sido que para el etnonacionalismo (y para Donald Trump) la victoria no basta. El supremacismo blanco es paranoico e insaciable. Busca crecer mientras más poder y más influencia adquiere. Si no hay forma de apaciguar el extremismo ni con compromisos ni con la misma presidencia, de nada sirve la timidez. —

LILI LOOFBOUROW es escritora. Publica regularmente en *Slate*.



Fotografía: Kyle Mazza/NurPhoto via ZUMA Press

Panorama desde la frontera

ALFREDO CORCHADO

EL PASO. Todo empieza y termina con el “hermoso” muro de Trump, símbolo de su campaña hace cuatro años y símbolo de nuevo ahora. No importa que solo ha construido diez kilómetros donde antes no había vallas fronterizas. Importa el símbolo. Durante esta campaña de reelección, Trump ha insistido en que “México” pagará por el muro. Por “México”, ahora se refiere a peajes al cruzar los puentes internacionales o un impuesto sobre las remesas que envían a casa. Pagarán los mexicanos, dice Trump.

De ser así, quizás Andrés Manuel López Obrador ha sido el primero en pagar. Como candidato presidencial, López Obrador arremetió contra las políticas de inmigración de Trump e insistió en que México ya no sería su “piñata”. Ahora, el presidente de México es considerado uno de los aliados más cercanos de Trump. Los dos comparten un estilo de gobierno similar. Ambos son vistos como figuras populistas, frecuentemente divisivas y tercas que ven a los medios como archi-

enemigos. Pero hay otras coincidencias. Como varios de sus antecesores, López Obrador ha sido un facilitador de la farsa de Estados Unidos, apaciguando los caprichos de la bestia del norte. Bajo amenazas de nuevos aranceles y otras medidas punitivas cuestionables, López Obrador le ha dado a Trump el muro que añoraba. El uso de la fuerza en México casi ha logrado detener a los migrantes que tratan de llegar a Estados Unidos.

Las consecuencias han sido mortales.

El 3 de agosto del 2019, un hombre blanco de veintiún años, enojado, desempleado, sin estudios universitarios y que vivía de los beneficios del gobierno, condujo más de mil kilómetros desde el área de Dallas para invadir nuestro hogar. Cometió un ataque terrorista doméstico, buscando a mexicanos para matar.

Aunque en su manifiesto dijo que el presidente no jugó ningún papel en su decisión, el supuesto asesino hizo un claro eco a las

palabras de Trump. Protestó con una letanía que dice “Los judíos no nos reemplazarán” en un mitin de supremacistas blancos en Charlottesville, Virginia, en 2017, y se refirió a los organizadores de la construcción de un muro fronterizo privado en El Paso y Nuevo México, quienes pidieron donaciones, prometiendo que un cachito de muro detendría la “invasión” e insistiendo en que el proyecto tenía la “bendición” de Trump. Entre quienes apoyaban la causa se encontraban el hijo de Trump Don Jr. y el exasesor de Trump en la Casa Blanca Steve Bannon. Bannon y otros tres fueron acusados en agosto de 2020 de estafar a los donantes y desviar veinticinco millones de dólares de la recaudación de fondos. Bannon se declaró inocente.

Solo días después de la recaudación en YouTube, el tirador llegó a El Paso con un propósito: borrar la historia de mi familia y la de más de 35 millones de mexicoamericanos —miles de ellos pasan por esta frontera hacia el norte para reinventarse y reabastecer a Estados Unidos—. En menos de tres minutos, mató a veintitrés personas e hirió a otras veintitrés, muchas de ellas compradores mexicanos que habían cruzado la frontera esa mañana para gastar sus pesos convertidos a dólares en el llamado “Walmart mexicano”, justo al lado de la interestatal 10, que conecta a El Paso con Ciudad Juárez.

México condenó justamente la matanza. Prometió responsabilizar al asesino y a los fabricantes de armas. El secretario de Relaciones Exteriores, Marcelo Ebrard, incluso convocó una cumbre de líderes de países de habla hispana para desarrollar una estrategia para combatir la supremacía blanca. Yo me uní a un grupo de autores y periodistas de El Paso para compartir el dolor y horror de nuestra región con vecinos en México.

“Si los supremacistas blancos están incitando el odio y las divisiones raciales, ¿cuál es nuestra respuesta? Tenemos que definir esa respuesta, defender nuestra cultura, idioma, civilización, nuestra existencia”, me dijo Roberto Velasco, ahora director general para América del Norte en la Secretaría de Relaciones Exteriores.

Meses después, vi con consternación cómo López Obrador se paró junto a Trump y les dijo a los estadounidenses que “su presidente se ha comportado con amabilidad y respeto” hacia los mexicanos. Trump sonrió.

Recientemente manejé sobre la recién construida carretera Loop 375, que pasa por encima del río Grande y la valla fronteriza. Se asoma Ciudad Juárez, sobre barrios marginales, la estatua de un cigarrillo y un supermercado. Me quedo mirando al horizonte: las montañas grises y secas, Cristo Rey arriba de una de ellas. El río Grande se convierte en río Bravo. Este es el punto donde las dos naciones, idiomas y culturas de mi familia se mezclan y se convierten en una sola tierra en el extremo más lejano de Texas, Nuevo México y Chihuahua.

Como hijo de México y de la frontera, mi perspectiva solía ser privilegiada. Ya no. Pienso en los fundadores de este país y el gran experimento en el que se embarcaron hace siglos en Filadelfia con ideales como “todos somos creados iguales”. ¿Sería un gran mito?

Esa pregunta está en juego en las elecciones del 3 de noviembre. No importa quién gane la elección presidencial, sanar la herida empieza aquí en la frontera con su muro en construcción, de pie como escenografía de una mala obra de teatro. Sanar no será fácil. —

ALFREDO CORCHADO es corresponsal del *Dallas Morning News*. Su libro más reciente es *Patrias* (Debate, 2019).

Después del otoño

ANA FUENTES

Se ha repetido mucho estos meses que Pekín y Washington atraviesan su peor momento desde que normalizaron sus relaciones diplomáticas en 1979. Es cierto, y la crisis de la covid-19 ha crispado aún más el ambiente, pero no olvidemos que a ambas partes les interesa exagerar la tensión.

El presidente Donald Trump lleva años usando la dureza con China como marca personal. En su campaña de 2016 acusó al país asiático de haber perpetrado “el mayor robo de la Historia”, refiriéndose al déficit comercial, que entonces era de 346,000 millones de dólares. Se comprometió a reducirlo y durante tres años tensó la cuerda a base de amenazas y aranceles, algunos muy lesivos, otros sin recorrido. En enero, ambas partes firmaron un acuerdo temporal que no resolvía las cuestiones de fondo, pero les daba margen para seguir haciendo negocios.

Era previsible que, al empezar la campaña electoral, Trump fuese cada vez más vehemente con Pekín, pero la pandemia aceleró el ritmo. En marzo, el presidente estadounidense había alabado a Xi Jinping por su gestión del coronavirus. Cuando la covid-19 se extendió por Estados Unidos con decenas de miles de muertos, el empleo empezó a desplomarse y su popularidad cayó en los sondeos, Trump invirtió la estrategia y empezó a hablar del “virus chino”.

La realidad es que la covid-19 no ha provocado los mismos estragos en China que en Occidente. A pesar de que las cifras oficiales son cuestionables, supieron movilizar-se antes porque pesó la experiencia